

El Síndrome de Korsakoff

A. Fausto



**EDICIONES
ATLANTIS**

Primera edición
Julio 2010

© A. Fausto
© Ediciones Atlantis
Camino de las cruces, 20. Local.
28300 Aranjuez (Madrid)
91 865 77 36
atlantis@edicionesatlantis.com
www.edicionesatlantis.com

ISBN: 978-84-92952-51-9
Depósito Legal:

Impresión:



**EDICIONES
ATLANTIS**

El Síndrome de Korsakoff

*A mi madre, por enseñarme el valor de las palabras.
A mi hermana Raquel, por estar siempre ahí.
A mi hermano David, por estar a su manera.
A la mujer de las siete lunas, por creer en lo que hago,
y a mi tía Maricel, por sentir este proyecto como suyo.
Gracias de corazón.*

Mis más sinceros agradecimientos a:

*Los colegios de Las Carmelitas y José Arnauda,
así como al Instituto de Educación Secundaria Cotes Baixes,
todos ellos ubicados en Alcoy,
por contribuir con la difusión de esta obra.*

PRÓLOGO

Cuando despertó, el hedor a muerte lo invadía todo. Un olor pútrido y macabro que penetraba por sus fosas nasales produciéndole una extraña sensación. Hasta la última fibra de su cuerpo se erizó mientras aquel sentimiento nauseabundo se apoderaba de él.

Sus sentidos estaban anulados, y comenzaban a despertar lentamente de un profundo letargo, al que no recordaba cómo había llegado. Entonces lo supo, supo que aquello que recorría sus venas era el terror verdadero. Nunca había experimentado nada semejante, aquel presentimiento grotesco que parecía anunciar que no había vuelta atrás.

Sus músculos estaban totalmente rígidos, era incapaz de mover un solo dedo. Intentaba sin éxito levantar los brazos para comprobar qué era aquello que se le escurría entre los dedos. Los sonidos eran vagos, todo cuanto le rodeaba se convertía en un eco cacofónico que no hacía sino empeorar su aturdimiento. La vista, totalmente nublada, como queriendo abstraerlo de aquello tan terrorífico y dantesco que no sabía siquiera si se atrevía a descubrir.

Deseó con todas sus fuerzas despertar de aquella pesadilla, e hizo un esfuerzo sobrehumano por mover sus extremidades, que seguían repletas de aquella cosa viscosa que no acertaba a ver. Era indescriptible aquella parálisis, aquel estado catatónico en el que se encontraba. Sin embargo, era consciente de que estaba allí y de que aquello no era ninguna pesadilla.

Poco a poco pudo captar los primeros detalles mediante el tacto. Se encontraba de rodillas sobre algo blando. Quiso levantarse y apartarse de aquello que desconocía, pero seguía sin poder moverse.

Aquel líquido seguía cayendo por sus brazos, y podía notar como se formaban gotas al final de sus dedos que se deslizaban desde lo alto para precipitarse hacia lo desconocido.

Comenzó a recordar algo. Una fiesta. Sí, lo último que recordaba era aquella fiesta. El libro... ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba? Hollis le había ofrecido una copa mientras hablaba con los invitados... ¡Los invitados!

Ahora aquellos ruidos ensordecedores e indescriptibles comenzaron a tomar forma, podía diferenciar alguna de las voces que escuchaba, aunque no sabía lo que decían. Parecía que la cabeza fuera a estallarle de un momento a otro, bombardeada por aquellas percepciones inhóspitas que le llegaban de todos sus sentidos.

¿Por qué no entendía aquellas voces? ¿Por qué no era capaz de distinguir qué decían? Entonces se dio cuenta de que no hablaban, sino que gritaban, gritaban con auténtico pavor, como si fuese el fin del mundo.

Se frotó los ojos, y se sintió reconfortado al ver que esta vez sí había conseguido mover los brazos. La sustancia viscosa de sus manos le impregnó las retinas y parte de la cara. Se frotaba los ojos frenéticamente, casi en estado de *shock*.

Su visión se fue tornando del negro al rojo. Al principio no distinguió nada, solo sombras teñidas de aquel color agobiante. Ahora notaba el líquido también en su rostro, caía por sus mejillas, y una gota le llegó a los labios. Era dulce, y otra vez tuvo aquella sensación terrorífica de que había sucedido algo espantoso.

Lo primero que distinguió fueron las cortinas. Aquellas cortinas verdes que a su madre tanto le gustaban. Sin embargo no las veía verdes, se habían vuelto completamente purpúreas. Movié la cabeza a ambos lados, adivinando a duras penas vagas sombras que parecían cernirse sobre él.

Después miró al suelo, y todo volvió a encajar repentinamente. Durante unos pocos segundos fue capaz de reconocer las voces que gritaban. Sintió todavía más fuerte aquel hedor nauseabundo con el que había despertado, que ahora llenaba sus pulmones por

completo. Pudo advertir que el fluido que empapaba su cuerpo estaba caliente, y estuvo a punto de vomitar.

Por último, lo vio. Bajo sus rodillas, reconoció qué era aquello sobre lo que estaba postrado. Vio el cuerpo, y enloqueció. Cuando su cabeza golpeó el suelo repetidas veces, no sintió dolor. No experimentó dolor mientras aporreaba con todas sus fuerzas el frío piso. Tan sólo sentía el ir y venir de su frente, aplastándose contra el pavimento, y de nuevo pudo percibir la fluidez de la sangre, esta vez suya.

—PARTE I—
CONDENA



CAPÍTULO 1

Ricardo Maurer era un hombre solitario. Sus fallidos intentos por establecer una familia le habían llevado a vivir como un ermitaño, dedicado al cien por cien a lo único que realmente le apasionaba: su trabajo. Obsesionado con el orden y la limpieza, mantenía bien ordenada su colección de vinilos de música clásica.

El escritorio de su despacho se encontraba repleto de libros: medicina común, psicología, neurología... Los había leído todos, y varias veces; aquello le mantenía en forma, como a él le gustaba decir. No era el tipo de persona que tras sacarse el doctorado se dedicaba simplemente a vivir la vida. No, el doctor Maurer no era así. Él prefería el conocimiento, continuar aprendiendo. Al fin y al cabo, un título no era más que eso, un título, que sin una continuada labor de mantenimiento con los años se convertiría en un papel amarillento, lleno de polvo.

Lejos de esto, su diploma colgaba reluciente en la pared de su consulta, en un marco sencillo, y con un cristal brillante que lo protegía de la humedad y de las manazas inquietas de algunos de sus pacientes. Hacía poco que se había doctorado en psicología, pero estaba seguro de que llegaría lejos. Era ese tipo de persona optimista, que no importa cuántas veces caiga, siempre se vuelve a levantar.

Sabía que tan sólo necesitaba algo de suerte, un caso polémico quizá, algo que salpicara a la prensa, sencillamente algo de publicidad, después todo sería un camino de rosas. Acababa de abrir su consulta en la calle San Nicolás, y le gustaba pensar que la llegada del éxito era sólo cuestión de tiempo. Tenía una confianza férrea en sus propias aptitudes, y en realidad era una persona inteligente, bastante por encima de la media a decir verdad.

Al principio, los pacientes que llegaban a su consulta solo eran púberes imberbes con problemas de conducta, o parejas que buscaban en la psicología una forma de salvar su relación. El doctor Maurer los recibía cordialmente, y lo primero que veían ellos era aquel título colgando de la pared, en su sencillo marco y con su cristal pulcro e impoluto.

Eran casos sencillos, que no representaban ningún verdadero problema para él. La mayoría de las veces tan sólo tenía que buscar la raíz del desorden y hacer que el cliente se percatara del porqué de sus desequilibrios emocionales. Esto, en el noventa por ciento de los casos, se limitaba a disputas conyugales, celos irracionales o traumas infantiles no resueltos. En la más grave de las coyunturas, se encontraba con alguien que había perdido a un ser querido, alguien que tenía problemas con el alcohol, o conflictos de identidad sexual... Nada que no pudiera resolver con una terapia continuada.

A ser posible, prefería no utilizar fármacos, no era partidario de mantener drogados a sus enfermos a no ser que fuese realmente necesario. Esto le produjo más de una enemistad entre el resto del gremio, que no aprobaba sus métodos, y por ello se vio obligado a trabajar por libre, sin la censura de ningún compañero que pudiese desaprobar su forma de obrar. En cuanto le fue posible montó aquella pequeña consulta, que la verdad no iba nada mal. Sólo esperaba ese proceso, ese sujeto que sabía que algún día llegaría y sería su oportunidad para hacerse valer.

Allí nadie le recriminaba nada, podía trabajar libremente, y dejarse llamar psicólogo o psiquiatra sin distinciones, algo que hubiese levantado ampollas entre cualquiera de los dos gremios, y sobre todo entre sus colegas psiquiatras, que tenían tendencia a creerse superiores. Él, por su parte, y haciendo gala de su particular forma de ser, no se había conformado con estudiar psiquiatría, y más tarde se había especializado en psicoterapia. De ahí la indiferencia que le provocaba el hecho de que le llamasen de un modo u otro.

Escapó de sus propios pensamientos debido a un sonido fácilmente reconocible. Nada más descolgar el teléfono, escuchó unos

sollozos femeninos al otro lado del hilo, y aquello le hubiese sobresaltado de no ser porque había recibido infinidad de llamadas como aquella, de hecho resultaba una perfecta definición de todas ellas.

—Consulta del doctor Maurer, adelante —anunció con tono aburrido.

—Es mi hija, doctor. No está bien —pronunció una voz temblorosa.

—Bueno, lo primero tranquilícese. Dígame su nombre para que pueda dirigirme a usted.

—María Morain.

—Perfecto señora Morain. Cuénteme, cuál es el problema.

El hilo telefónico no devolvió respuesta alguna y el doctor tuvo que insistir.

—Ha dicho que se trataba de su hija...

—Cada día está peor... No come nada, y está muy débil.

—Bueno, creo que sería mejor que acudiera a mi consulta y me explicara lo que sucede exactamente.

De nuevo un incómodo mutismo, la señora parecía pensar para sí misma, y Maurer sabía que estaba al otro lado del teléfono porque escuchaba su respiración entrecortada.

—Tranquila, no voy a cobrarle por la primera cita, si es eso lo que le preocupa. Usted me cuenta todo detalladamente, y yo le ofrezco posibles soluciones. ¿Le parece bien?

—No lo sé... Mi marido tendría que saberlo —se la escuchó dudosa.

—Mire, si de verdad su hija está tan mal como dice, es mejor que venga a hablar conmigo cuanto antes.

El doctor tuvo que esperar de nuevo a que la voz castigada hiciera eco en el audífono.

—Está bien. Hablaré con usted.

—No se arrepentirá, señora, se lo prometo. Puede pasarse mañana por la mañana a las once, si le viene bien.

—Sí, sí... Allí estaré.

Era martes, diecisiete de noviembre, y no aparecía por ninguna parte. El psicólogo esperó algo más de media hora hasta darse cuenta de que la mujer no iba a acudir a la consulta. No pudo evitar pensar si su marido tendría algo que ver con su ausencia, y recordó lo amedrentada que parecía a la otra parte del hilo, cuando le hizo entender que él no sabía nada de aquella llamada.

El resto del día lo pasó en la consulta. Aunque no tenía que recibir a ningún paciente, dedicó el tiempo a ordenar todo el papeleo y a poner al corriente los informes tras las últimas sesiones de terapia. Cuando acabó, ordenó religiosamente todo el escritorio. Archivó todos y cada uno de los documentos en los que había estado trabajando, detuvo el tocadiscos y retiró y guardó cuidadosamente el vinilo que había estado sonando durante toda la tarde, la *Sonata para piano número 14*, de Ludwig van Beethoven.

Aquella música era para él arrebatadoramente magistral. Cada nota era una exquisitez para su refinado paladar musical. Aunque no entendía de solfeo, la melodía transportaba al doctor hasta donde él quisiera viajar. La música era su panacea, su cura contra todo mal, y era de la opinión de que si sus pacientes se hubieran criado escuchando aquellas notas, probablemente no necesitarían acudir a sus modestas sesiones de terapia.

Fue a la tarde siguiente, cuando esperaba a otra paciente, que alguien golpeó a la puerta. El doctor aguardaba a una compradora compulsiva que estaba resultando más difícil de soportar de lo que en un principio había pensado. Durante cada sesión, se dedicaba a enseñarle los nuevos modelitos que había adquirido a base de tarjeta de crédito, y él comenzaba a preguntarse si en realidad quería solucionar su problema o tan sólo acudía a cada cita para sentirse menos culpable.

—Adelante —pronunció intentando ocultar su desgana.

No hubo respuesta al otro lado del umbral, sólo silencio.

—¡Adelante, pase!

La manilla de la puerta emitió un sonido a óxido cuando giró. Poco a poco, una grande y oronda silueta fue apareciendo tras el

portal, y el doctor supo de inmediato que aquella no era la paciente que estaba esperando.

Era una mujer si no muy mayor, sí muy castigada por los años. Mediría un metro sesenta aproximadamente, y estaba excesivamente gorda. Llevaba un chaquetón de piel enorme con hombreras que le llegaba casi hasta los pies. Tenía el pelo ferozmente rizado y con un tinte rubio barato que desentonaba con lo ostentoso del abrigo. Sus facciones estaban marcadas profundamente. Su rostro estaba lleno de arrugas muy marcadas por la edad; y su cuello, tapado por varios collares de perlas que intentaban sin éxito ocultar los pliegues de su flácida piel. Tenía los ojos de un azul intenso, y una de esas miradas que tienen los ancianos, una de esas expresiones mezcla de abatimiento, nostalgia y sabiduría.

—Dígame, ¿en qué puedo ayudarla? —masculló el doctor mientras se levantaba y se acercaba lentamente a ella, sin saber muy bien cómo recibirla.

—Hablamos por teléfono hace dos días. Soy María Morain. ¿Lo recuerda?

—Por supuesto. El caso es que ya no la esperaba...

—Lo sé, y discúlpeme, he venido para hablarle de eso doctor. Ya no sé a quién acudir —su tono se volvió más grave.

—Le prometo que haré todo cuanto esté en mi mano, pero ahora tengo que recibir a una paciente. Si le parece, podemos quedar el lunes.

—No..., por favor, doctor, necesito que sepa qué es lo que esta ocurriendo. Llevo demasiado tiempo guardando para mí misma todo este asunto —afirmó la oronda mujer mirándolo a los ojos.

El doctor Maurer sospesó las opciones rápidamente y, definitivamente, no le apetecía quedarse allí a ver la próxima colección primavera verano que seguro le mostraría su siguiente paciente.

—Espere, de acuerdo. Vayamos a algún sitio en el que podamos hablar tranquilos. Quiero ayudarla, pero necesito que me lo cuente todo.

—Está bien, conozco un sitio cerca de aquí.

Aquel asentimiento repentino por su parte hizo que el doctor se sintiese estúpido, había logrado que dejara a una de sus pacientes y abandonara la consulta, algo que no había hecho nunca. Sin embargo, la curiosidad lo corroía hondamente, y descubrir qué demonios le pasaba a la hija de aquel vejstorio se había convertido en casi una cuestión personal. Dejó una improvisada nota en la entrada del despacho, excusando su ausencia, y salió de allí en compañía de la mujer sin saber muy bien a dónde se dirigían.

Eran ya las siete y treinta y cinco minutos de la tarde cuando llegaron a la cafetería Campanas. Era un lugar acogedor y tranquilo en el que Ricardo había estado más veces y, aunque no le pareció del todo adecuado para aquella reunión, no replicó por temor a incomodarla.

Pasaron al fondo del local, y se sentaron en una mesita en la esquina, desde donde podía verse toda la plaza a través del ventanal. La señora permanecía en silencio mientras el doctor la examinaba minuciosamente, como si fuese uno de sus pacientes.

—¿Qué van a tomar? —preguntó un joven camarero vestido de negro.

—Yo tomaré un café solo, largo —anotó el doctor sin desviar apenas la mirada.

—Para mí, una tostada con mantequilla y mermelada y un café con leche, por favor.

—Enseguida.

Esperaron unos instantes a que el trabajador se alejase lo suficiente, y se aseguraron de que no hubiera nadie cerca que pudiese entrometerse en la conversación que estaban a punto de emprender.

—La escucho —afirmó él completamente serio.

Ella puso las dos manos sobre la mesa, y entrelazó los dedos de ambas. Después, miró a los ojos al doctor, y este sintió de nuevo aquella mirada melancólica.

—Señor Maurer, no sabe lo que supone para mí contarle esto. —Hizo una breve pausa—. Pero si lo hago es porque ya no tengo alternativa, la situación ha llegado al límite, y siento que si no actúo rápidamente, puede que pronto tengamos que lamentar una desgracia.

La atención que depositaba ahora sobre ella era total, no había nada ni nadie que pudiera interponerse entre ambos.

—Cuando ayer le llamé, acababa de suceder otra vez..., pero, bueno, creo que es mejor que se lo cuente todo desde el principio.

—Sí, cuantos más detalles me proporcione, más fácil me será ayudarla.

—No sé si habrá tenido muchos casos como este, pero desde luego para mi familia se está convirtiendo en una auténtica pesadilla. Mi hija ha sido siempre la hija que toda madre quisiera tener, y no lo digo como su madre que soy, lo digo porque es cierto. Debería haberla visto hace un par de años... Siempre ha sacado muy buenas notas, y estaba estudiando Medicina en la misma universidad que usted.

El doctor frunció el ceño. ¿Cómo sabía la señora Morain a qué universidad había ido?

—He visto el diploma en su consulta —apuntó ella adivinando su confusión.

—Perdone, continúe.

—Como le iba diciendo, mi hija siempre ha sido una joven ejemplar. Siempre ha sido atenta con nosotros, ni siquiera nos había dado nunca una mala contestación. No ha tenido nunca problemas con las drogas, o al menos que nosotros sepamos, y su círculo de amistades siempre ha sido muy selecto, no sé si me entiende.

—¿Cuándo comenzaron los problemas?

—Doctor..., usted no tiene ni idea, no se trata de dos rabietas de adolescente. Mi hija tiene problemas serios, lo que le pasa no tiene ni...

El camarero llegó con los cafés y la tostada de la señora, que detuvo su relato en cuanto vio acercarse al joven. Un silencio incómodo se respiraba en aquella pintoresca mesita mientras el joven depositaba lo que habían pedido sobre la mesa. Ninguno de los dos pronunció palabra, simplemente se observaban, hasta que de nuevo quedaron solos.

—Lo que le pasa a mi hija no tiene ni punto de comparación con sus casos de púberes intolerantes, doctor —enfaticó, y parecía que no habría quedado satisfecha sin acabar la frase.

—Mire... He dejado la consulta por venir aquí a que me cuente Dios sabe qué, así que no juegue con mi paciencia. O me cuenta de una vez qué es lo que pasa, o me voy por donde he venido.

La expresión de la mujer cambió por completo. La frialdad se tornó en tristeza, casi miedo, y él pudo percibir un ligero temblor en sus manos.

—Perdóneme, doctor, estoy algo nerviosa.

Seguidamente pegó un buen trago de su café con leche, mientras, el doctor pensaba que aquello sin duda no iba a ayudar demasiado.

—Mi hija padece anorexia.

Maurer se encogió sobre la silla, de repente le parecía que toda la cafetería estaba pendiente de ellos, y tuvo que mirar a izquierda y derecha para cerciorarse de que sólo eran manías suyas.

—Nos dimos cuenta hace un par de años, cuando ella tenía diecisiete. Volvió de pasar unos meses con una beca al extranjero, y al principio decía que no tenía apetito por el desorden en los horarios. Pero empezó a adelgazar monstruosamente.

—¿Han acudido a alguien antes?

—No, nunca había tenido valor para hacerlo, hasta que bueno... escuché que es un problema psicológico y que hay que tratarlo de raíz. Por eso he acudido a usted.

—¿Cuál es el estado de su hija en estos momentos?

—Ahora pesará menos de cuarenta kilos. Imagínese, una chica de un metro setenta y cinco de altura. La verdad es que ya no sabemos qué hacer, doctor —aseveró notablemente afectada.

—He tratado más casos de trastornos alimentarios. El proceso es costoso, y en algunos casos hay que mantenerlo toda la vida, pero en muchas ocasiones se supera con éxito la enfermedad. Hay clínicas donde...

—¿Cree que no hemos intentado ingresarla en una de esas clínicas? No sabe el dinero que suponen y las pocas opciones que hay.

Al doctor le resultó extraño que hablase de dinero, desde el primer momento la había catalogado como una mujer con un fuerte poder económico.

—Escúcheme —le murmuró mientras le apretaba la mano—. Para poder ayudarla, lo primero es que vea a su hija.

Ella hizo un silencioso ademán de arrepentimiento.

—Mi marido no sabe...

—Pues tendrá que decírselo. Si su hija está realmente tan mal, es necesario que la vea inmediatamente.

—De verdad no lo entiende doctor, la anorexia es solo el principio.

Esta vez era ella quien aferraba fuertemente su mano, y sus ojos azules se clavaron en los suyos como frío acero.

—¿Qué quiere decir...?

—Después comenzó con esas historias. Al principio inventaba cosas sin importancia, pero ahora se inventa relatos completamente hilados y coherentes. No sabemos si lo hace para hacernos daño, o si son simplemente alucinaciones, pero esto está destrozando nuestro matrimonio.

Estaba intrigado, aquellas palabras habían despertado en él una honda curiosidad.

—¿Qué clase de cosas inventa...?

—Es como si viviera una realidad paralela, y lo peor es que parece creerse sus propias mentiras...

—Por favor, cuénteme alguno de esos episodios.

Un agobiante alboroto hacía que el local careciese de tranquilidad, y el médico tuvo que acercarse a la mujer para poder escuchar lo que decía.

—Cuando lo llamé, había tenido uno de los últimos ataques...

—¿Ataques...? ¿Podría explicarme a qué se refiere?

—En ocasiones se pone muy violenta, dice que le mentimos y pierde el control. Es imposible hacerse con ella durante esos achaques.

—Dígame. ¿Qué es lo que pasó, qué acababa de ocurrir cuando ayer me llamó?

—No paraba de gritar y aporrear la cabeza contra la pared. ¿Y sabe lo que decía doctor?... —Una lágrima se escurrió por su mejilla—. Gritaba como una condenada que la ayudasen, que su padre la había violado.

Diario del Dr. Maurer. 20 de noviembre de 1997

Los acontecimientos que han venido sucediendo en estos últimos días me sobrepasan. Todo este asunto de Eva Morain... No sé qué creer. Hace tres días su madre acudió a mí desesperada. Ahora lo pienso y no sé cómo pude abandonar a mis pacientes para ir a hablar con ella, pero el caso es que fuimos a la cafetería Campanas, y allí me lo contó todo.

Pedimos un café y, después de unos minutos algo tensos por su parte, me confesó que su hija tenía un problema de anorexia. Si todo hubiese sido eso..., pero, en fin, no adelantemos acontecimientos, debo ordenar las ideas.

El caso es que allí, en la cafetería, la madre de la joven me comentó el problema de su hija, y mientras yo le mencionaba posibles soluciones, me hizo callar diciéndome que no tenía ni idea. Entonces me reveló lo de las supuestas alucinaciones, historias inventadas, o como quiera que se las pueda llamar. Según ella, su hija vive una realidad paralela. Parece ser que no distingue entre lo que es real y lo que no, y sustituye lo que sucede por historias de su propia invención.

Todo esto empieza a parecerme extraño; no es habitual que se presenten estos síntomas alucinógenos ligados a casos de anorexia. Pero eso no es todo, además resulta que cuando recibí la llamada de María Morain por primera vez, Eva acababa de sufrir uno de esos episodios, llamémoslo así. Le pregunté a su madre qué es lo que había ocurrido exactamente y se echó a llorar en medio de la cafetería, diciendo que lo último que había inventado su hija era que su padre había abusado de ella.

Resulta estremecedor lo fácil que resulta escribirlo y lo difícil que era verla desmoronada, ante la mirada de todos los presentes, y haciendo lo indecible por recuperar la compostura.

Le estoy dando vueltas al asunto. Después de aquello le repetí que lo mejor es que viese a su hija personalmente, y ella estuvo de acuerdo, sólo me pidió que la viese en su casa, ya que no podía

dejarla salir en su estado actual. Yo no sabría cuanta razón tenía hasta un día después...

Esa tarde volví a casa sin pasar siquiera por la oficina. Estuve pensando en la primera vez que me llamó la señora, y en cómo había dicho algo de su marido cuando le dije que acudiéramos a mi consulta. No quería pensar lo peor, pero no podía ir con una idea preconcebida a aquella casa. ¿Realmente era posible que su propio padre la hubiese violado? No debía descartar nada.

Esos pensamientos no me dejaron dormir esa noche y, la verdad, llevan quitándome el sueño desde entonces. Pero lo peor todavía estaba por llegar...

Por la mañana, me dediqué a cancelar todas las citas de aquella tarde. De nuevo estaba faltando a mi trabajo, pero aquello era algo que debía hacer, realmente este caso merecía un trato prioritario, dadas las circunstancias. No exagero si digo que ese día me duché unas tres veces antes de acudir finalmente a la casa de la familia, tal era mi estado nervioso.

Se hicieron las siete de la tarde. La mujer había insistido en que esperásemos a que se hiciese de noche para que ningún vecino preguntase sobre mi visita. Por suerte era noviembre y el día decaía temprano. Así que a las siete en punto me puse mi mejor traje y pedí un taxi.

María me había explicado que vivían en una gran casa a las afueras de la ciudad, y aquello era lo que faltaba para envolver a la familia en un aura de misterio que yo necesitaba desentrañar cuanto antes.

Su forma de vestir, de actuar..., parecía sacada más bien de otra época. Con sus collares y su abrigo de piel, me recordaba a una de esas mujeres viejas y adineradas de las películas antiguas.

El taxista tuvo dificultades para encontrar el lugar. Llevábamos una media hora de trayecto y una luz rojiza en el horizonte anunciaba el ocaso. Poco a poco, la oscuridad se fue apoderando de aquella carretera sinuosa que se adentraba entre los árboles hacia lo alto de la montaña. Supongo que era mi estado de agitación, pero todo aquello comenzaba a ponerme algo incómodo.

Mientras avanzábamos, el conductor hablaba de trivialidades. ¿Por qué demonios los taxistas no pueden simplemente conducir callados? Estaba a punto de preguntárselo cuando los árboles a los lados de la carretera desaparecieron, y llegamos a un pequeño claro. Allí estaba.

Un gran muro de piedra cercaba los terrenos de la familia, y los separaba de las únicas dos fincas que había a los lados. Pensé en lo que me había dicho la señora Morain, de ser discretos por los vecinos. Si hubiese sabido que solo había dos casas más sin duda hubiese ido de día. Todo aquello era siniestro.

El coche me dejó en medio de aquel terraplén desierto, frente a la casa, y me dijo que volvería dos horas más tarde, tiempo suficiente para una primera toma de contacto. Y allí estaba yo, con mi cartera de piel, en la que llevaba un bloc para tomar notas, algunos bolígrafos, y una grabadora de casetes.

Dos farolillos alumbraban la entrada. La estropeada dama esperaba tras la empalizada, junto a la puerta de metal labrado, de esas afiladas en lo alto para evitar que los ladrones salten. Me abrió y, al moverse la reja, las bisagras emitieron un molesto chirrido.

Subimos unos escalones, hasta llegar a terreno llano. Realmente la familia debía tener dinero, pues la superficie de la finca era vasta. Pude ver una piscina de aguas verdosas mientras avanzábamos hacia la puerta principal del domicilio. El camino estaba alumbrado por luces colocadas a ras de suelo, clavadas en el césped, y llevaba hasta la misma entrada.

Se trataba de una construcción clásica, de dos pisos. Me recordó a aquellos viejos caserones de las películas, rodeadas de esclavos que labraban la tierra. Por supuesto, eso solo eran imaginaciones mías.

Mientras nos acercábamos al pórtico, pude apreciar la inmensurable paz que se respiraba en aquel lugar, que parecía apartado de cualquier otra existencia. El cielo estaba totalmente raso, y pude ver las constelaciones sobre mí, sosteniéndose allá en lo alto unas a otras, tejiendo una red invisible casi perfecta.

Entonces salí de mi ensimismamiento y posé la mirada en una pequeña ventana en la parte más alta de la casa, la buhardilla. Era uno de esos ojos de buey minúsculos por los que apenas se podía asomar la cabeza, y la luz que titilaba en su interior me produjo un escalofrío. La otra única lumbre que se podía ver desde afuera estaba en la planta baja, y provenía de un ventanal mucho más amplio y señorial, cuyo interior se presentaba oculto tras unas elegantes cortinas de seda.

—Espero que esté preparado para esto, doctor —me previno la madre de la muchacha mientras introducía la llave en la puerta principal.

Yo, que casi me había olvidado de ella, la escruté de arriba abajo con la vista, y la encontré todavía más vieja que el día anterior. Parecía afligida por un miedo y una desesperación motivados por algo que yo todavía desconocía, y que cada vez me asustaba más descubrir.

Nada más entrar en la casa, un olor rancio a puros habanos lo invadió todo, y pude ver que el humo provenía de una estancia situada a la derecha. La decoración era realmente ostentosa y muy recargada para mi gusto. Las paredes parecían venirse encima de uno cuando se detenía un segundo a observar la cantidad de estatuillas, cuadros, jarrones y alfombras que envolvían hasta el último milímetro de aquel recibidor.

—Cariño, ya está aquí el doctor Maurer —masculló apresurándose a la puerta desde donde se escapaba el denso humo.

No hubo respuesta. Escuché un ruido que parecía anunciar que alguien se acababa de levantar del sofá, y luego unos pasos lentos, mientras, el humo se hacía cada vez más espeso. Finalmente, un hombre apareció tras la puerta. Sostenía un enorme puro en su mano derecha, con un gesto desinteresado, mientras de su extremo no paraba de emanar aquel insano aire contaminado. Era lo que se suele decir un hombre bien plantado. Elegante, vestía un traje negro azabache, con una camisa blanca y una corbata negra. Su figura era esbelta, y su postura forzada dejaba entrever la clase de persona que

era. Me recordó a un cacique, o a uno de esos terratenientes que habían hecho fortuna a base de la tierra, y era la pieza que faltaba añadir a la casa y a la envejecida señora para que todo aquello pareciese realmente sacado de una obra antigua. Su rostro denotaba su avanzada edad, y permanecía serio, impenetrable.

—Buenas noches, doctor, gracias por venir —me saludó tendiéndome la mano.

—Buenas noches, señor Morain —le correspondí.

El hombre emitió una sonora carcajada, y me miró de arriba abajo como si hubiese dicho algo realmente gracioso. Después, se retiró de nuevo hacia el sofá, y sin sentarse, tiró la ceniza de su puro en un elegante cenicero de cristal de bohemia.

—Acompáñeme, doctor.

La seguí, sin dejar de pensar en lo extraño que era aquel hombre y en cómo me había dado la espalda sin apenas decir nada. Cuando estuvimos algo alejados de la sala, me pidió que lo perdonase, que le molestaba profundamente que lo llamasen señor Morain, ya que ese no era realmente su apellido.

—Nunca he utilizado el apellido de casada. Y mi marido no soporta comprobar que mi vida social es más ajetreada y divertida que la suya. Creo que ni siquiera los dos vecinos saben su verdadero nombre —decía mientras la seguía por unas anchas escaleras de caracol hacia la segunda planta.

Cuando asomé la cabeza por el último escalón, vi que allí la decoración estaba mucho menos cuidada que abajo. Esta se limitaba a una alfombra roja que tapizaba el largo pasillo, desgastada y raída por el paso de los años, y algún que otro cuadro lleno de polvo. Me encontraba en un *hall* de una sola dirección, un pasillo estrecho que sólo contenía tres puertas a la izquierda y dos a la derecha. No había ventanas, y el aire estaba algo cargado. La señora avanzó hacia el final del pasillo, y se detuvo en la última puerta de la izquierda.

—¿Desea que lo acompañe, doctor?

La miré a los ojos, y vi de nuevo aquella fragilidad, aquella debilidad que parecía consumirla por segundos.

—No. Me gustaría estar a solas con ella —pronuncié tragando saliva.

Giró la llave en la cerradura y la puerta se abrió, mientras, yo me atormentaba preguntándome por qué necesitaban encerrarla con llave.

Tras el umbral, oscuridad. Busqué a tientas en la pared algún interruptor, pues me incomodaba la negrura de aquella habitación, me inquietaba pensar en lo que se podía esconder en alguno de sus rincones. Por fin encontré el botón, y una luz azulada surgió de una lámpara en lo alto. María Morain me dedicó una última mirada, y después cerró la puerta con llave, y pude oír como se marchaba escaleras abajo.

Nada de lo que había en aquel dormitorio me extrañó ni me llamó la atención en un primer momento. Es más, era una bonita habitación. Las paredes estaban pintadas de un color rosa pálido agradable, los muebles eran de buena madera, y las estanterías estaban repletas de libros cuidadosamente ordenados.

Pude ver un vademécum abierto sobre el escritorio. Estaba lleno de polvo, como si alguien lo hubiese dejado ahí hacía un par de semanas. En realidad, me di cuenta de que todo estaba repleto de polvo y suciedad. Parecía como si nadie hubiese entrado en el cuarto desde hacía algún tiempo.

Mi atención se centró en una gran foto que colgaba de la pared, y esa fue la primera vez que vi su rostro, la primera vez que vi a Eva Morain. Tenía los cabellos largos, de un color castaño oscuro, y le caían lacios sobre los hombros. Sus ojos eran de un marrón intenso que los dotaba de fuerza y picardía, y el tono de su pálida piel hacía que el rojo de sus labios resaltase sobre el resto de la fotografía, unos labios carnosos que dibujaban una sonrisa alegre y despreocupada. La instantánea mostraba el júbilo y la jovialidad de lo que era, una joven hermosa en la flor de la vida.

La miré a los ojos, miré a los ojos de aquella chica de la fotografía, como si ella pudiese devolverme la mirada, pero entonces algo distrajo mi atención.

Un crujido de madera sobre mi cabeza me alertó, y di un pequeño salto. Observé el resto de la habitación y vi que estaba solo. Barrí el techo con la vista, y entonces descubrí, junto a la cama, una de esas trampillas para subir a los desvanes. Inmediatamente me vino a la cabeza aquella lucecilla que había vislumbrado en la buhardilla desde el exterior, aquel pequeño ojo de buey que parecía invitarme a que mirase en su interior, y la imagen me turbó.

Noté que las manos me sudaban. ¿Por qué no me había explicado nadie que debía subir allí arriba? La señora Morain se había limitado a encerrarme allí dentro, lo cual si cabe aumentaba mi sensación de claustrofobia. Por no hablar de su extraño marido, que no hacía sino acrecentar mi sensación de poco contacto con todo cuanto me rodeaba.

Me decidí, y avancé con paso trémulo hacia aquella puerta en el techo. Una cuerda con un lazo al final colgaba de la trampilla. Respiré hondo, y tiré de ella. La trampilla se arqueó, y una escalerilla de metal articulada se extendía conforme iba tirando de la soga. Por fin, el primer escalón quedó próximo a mis pies y, sin pensármelo, comencé la angosta ascensión.

Escuché de nuevo un ruido, pasos en el piso de arriba, como si alguien se hubiese exaltado con mi visita. Estuve a punto de detenerme, pero por alguna razón no lo hice. Seguí subiendo los peldaños de aquella enclenque y débil escalerucha, hasta que pude asomar la cabeza y comenzar a ver algunas cosas.

Me encontré de cara a la pared, y el hecho de no poder ver lo que había tras de mí me ponía nervioso. El pulso se me aceleró, y subí el resto de los escalones más rápidamente, pues me sentí indefenso con la cabeza al descubierto y el cuerpo todavía por debajo del piso. Por fin llegué, y la trampilla se cerró bajo mis pies cuando pisé tierra firme, y mi peso dejó que los muelles del mecanismo la devolviesen a su sitio.

La luz allí arriba era tenue y de un tono amarillento, y parecía que iba a desvanecerse en cualquier momento. El techo no estaba

todo al mismo nivel, sino que seguía la forma del tejado y bajaba desde el centro hacia los lados. Un frío húmedo lo invadía todo, y el olor a madera resultaba agobiante.

Entonces, cuando me giré para ver el resto de la habitación... la vi. Me quedé petrificado al observarla allí, de pie, delante de mí, y me sentía culpable por el mero hecho de estar observándola. Sin embargo no podía apartar la mirada, pues aunque la visión me resultaba insoportable, pensaba que si dejaba de mirarla podría herir sus sentimientos, como si se tratase de un niño. En mi vida había visto nada igual, me encontraba ante un espectáculo dantesco y de mal gusto, e incluso sentí náuseas y tuve que hacer lo indecible porque no se me notara.

Mediría poco menos que yo, pero parecía medir dos metros, dadas sus exageradas desproporciones. Llevaba puesto uno pantalón corto, y un *top* que apenas le llegaba hasta el ombligo. Sus pies descalzos resultaban ya de por sí espeluznantes. Podían verse perfectamente todos los huesos de los dedos, y la carne, más que cubrirlos, se escurría entre ellos. Podía distinguir perfectamente las cuñas y los metatarsianos, el escafoides y el astrágalo, algo que hasta entonces sólo había podido ver en esqueletos. Las piernas eran la caricatura de dos zancos raquíuticos que amenazaban con desmoronarse en cualquier momento, y sus rótulas simulaban sobresalir sobre la carne de forma horrorosa, como una piedra horadada cuya función simplemente era unir el fémur con la tibia y el peroné. El pantalón corto hacía un vago intento por ocultar las caderas, que se abrían paso como dos montañas simétricas y escarpadas, sobresaliendo por encima de la goma de los *shorts*, y las costillas asemejaban ser ingravidas, flotando sobre un estómago apenas existente y escondiéndose bajo la pequeña camiseta, que parecía mantenerse en el aire con vida propia. Las clavículas..., las clavículas eran simplemente una monstruosidad, una broma macabra que parecía anunciar lo que quedaba por ver.

Tomé aire, sin atreverme todavía a mirarla a la cara. Sentí que llevaba toda una vida allí, quieto, examinándola, y de nuevo me pre-

ocupó que eso pudiese molestarle. No percibía con claridad el tiempo, pues apenas acababa de darme la vuelta, y me pareció estar allí desde hacía una eternidad. Mi pulso se había disparado, frenético, y la primera sensación de frío se había tornado cálida como el fuego, pues todo mi cuerpo ardía conmocionado por lo que veía.

Entonces vi su rostro, y aquello me marcó profundamente. Era como estar mirando a la muerte a los ojos, desafiándola. No quedaba nada de aquella hermosa chica de la fotografía. No había rastro de su vivacidad, ni de su despreocupada sonrisa. Su piel era tan pálida que daba la sensación de estar contemplando un cadáver. Sus pómulos se alzaban prominentes, adueñándose de todo el protagonismo fúnebre de su semblante, y sus cabellos caían desordenados sin ningún tipo de control, añadiendo un aspecto de locura a su expresión derrotada. Solo sus ojos, solo aquellos dos puntos marrones daban la sensación de recordar otros tiempos. Solo aquellos luceros opacos simulaban esconder lo que en algún momento llegó a ser Eva Morain, y que sin duda alguna ya no era.

Ella parecía observarme, casi del mismo modo que yo la observaba a ella, preguntándose quién demonios era aquel tipo que había entrado en su habitación sin previo aviso.

—Me llamo Ricardo Maurer —di un paso sudoroso hacia ella—. He venido para hablar contigo. ¿Te apetece charlar?

La chica parecía inmutable, escrutándome con la mirada. Me hizo sentir como un estúpido. Yo la trataba como si fuese una niña, sin embargo, por muy indefensa que pareciese, no lo era.

—Ya sé quién es usted —pronunció suavemente, y su voz era tan dulce, tan susurrante, que escucharla volvía todo todavía más tétrico.

Yo me quedé de pie, inmóvil, mientras ella se daba media vuelta, y se dirigía hacia la cama. Su columna vertebral era como una unión aleatoria de tramos de cuerda, cuyos nudos emergían espantosamente de la piel.

—He visto un vademécum abajo, en tu escritorio. ¿Te gusta la medicina? —le pregunté, sin poder dejar de entonar todo suavemente como si hablase con un extranjero que no entendiese mi idioma.

—Puede saltarse la parte aburrida, doctor —sus palabras emergían de su boca lentamente, desganadas—. Creo que sería más fácil para los dos.

Me sobresaltó. Era impactante comprobar que dentro de aquel cuerpo flácido y sin vida, todavía respiraba la mente rápida e inteligente de una joven estudiante de medicina. Yo debía haber sabido que así era, dada mi posición, pero resultaba difícil ver su cuerpo sin asociar a él un cerebro atrofiado. Nadie me había preparado para aquello en la facultad.

—Está bien..., iremos al grano entonces —titubeé queriendo ganar tiempo—. ¿Sabes por qué estoy aquí, Eva?

Sus ojos se encendieron al ver que pronunciaba su nombre. Aquellos dos puntos oscuros que parecían contener toda su conciencia.

—Sí. Usted ha venido aquí porque yo no como —y adoptó una expresión triste, como si estuviese avergonzada.

Me apresuré a abrir mi cartera de piel. Dado mi ensimismamiento había olvidado por completo tomar alguna nota, o grabar la conversación. Ella parecía divertirse mientras yo sacaba nervioso todos mis trastos y los dejaba sobre un pequeño escritorio, para llegar al cual tuve que agacharme, dada la inclinación del techo.

—¿Te importa que me siente? —pregunté retóricamente mientras tomaba asiento en una pequeña silla de madera.

Desde esa posición me sentí algo acorralado, e interiormente me burlé de mí mismo. “Vamos Ricardo, es solo una paciente, por el amor de Dios”.

—Voy a grabar nuestra conversación. ¿No te molesta, verdad?

Eva asintió con la cabeza, con una tímida sonrisa, y una tranquilidad pasmosa. Me sorprendió que me facilitara tanto las cosas.

—Bueno. Comencemos —dije mientras pulsaba el botón de la grabadora de casetes, que emitió un característico sonido al comenzar a funcionar—. Dices que sabes por qué estoy aquí. ¿Cómo lo sabes Eva?

—Mi madre me dijo que vendría un doctor a verme —respondió con su voz suave y melódica—. La verdad es que esperaba su visita desde hace ya algún tiempo.

—Cuéntame algo de ti. ¿Qué te gustaba hacer antes... antes de...?

—¿Antes de dejar de comer? —me interrumpió burlona—. Solía hacer las cosas normales que hace cualquier persona de mi edad.

Me asombraba su naturalidad. Hablaba del tema como si no tuviese importancia, o como si fuese algo que ya estaba superado. Solo sus ojos mostraban una tristeza oculta, un sentimiento profundo que yo no acertaba a adivinar. Cogí un bolígrafo negro y tomé algunos apuntes en mi bloc de notas mientras Eva continuaba hablando.

—Estudiaba Medicina, creo que en la misma universidad que usted. Era una chica normal, salía con mis amigos, con chicos... —se detuvo pensativa—. ¿Qué pretende sacar de esto doctor?

—Sólo pretendo conocerte un poco mejor, Eva, y, por favor, tutéame, puedes llamarme Ricardo.

Su columna se arqueó amenazando con romperse cuando, sentada sobre la cama, descansó los codos sobre sus rodillas y se sujetó la barbilla con las manos, en una pose de aburrimiento.

—Y tus padres... ¿Cómo es la relación con ellos?

La chica se volvió a incorporar, y tardó unos segundos antes de responder con un esbozo de sonrisa.

—Mi madre siempre ha sido muy comprensiva conmigo. Tenemos una de esas relaciones especiales, en las que a uno no le hace falta hablar con el otro para saber lo que piensa. ¿Sabe a qué me refiero, doctor?

Asentí con la cabeza, aunque realmente no había tenido la suerte de encontrar a nadie así en mi vida. Tuve que apartar la mirada, como si ella pudiese ver dentro de mí.

—No. ¿No sabe a qué me refiero, verdad? —me miró como advirtiéndome de que no era estúpida.

Yo quedé en silencio, sobresaltado por la astucia de la muchacha.

—Como le iba diciendo, mi madre y yo somos íntimas amigas, ella lo sabe todo sobre mí, y siempre me ha apoyado y ha buscado lo mejor para mí.

Cogí de nuevo el bolígrafo negro y apunté algo en el bloc de notas: “Comienza hablando de su madre”.

—¿Le cuentas absolutamente todo? Estoy seguro de que guardas algún secreto. Prácticamente todo el mundo guarda alguno.

—¿Ah, sí? ¿Cuál es el suyo, doctor?

—Eva..., yo...

—¡Tranquilo! ¡Sólo bromeaba!

Resultaba extraño verla tan efusiva, teniendo en cuenta su estado, que casi podría decirse que era moribundo.

—Claro que no le cuento todo, usted sabe a qué me refiero, pero el caso es que no hace falta que se lo cuente. Entre las dos existe una confianza mutua que hace que ella esté tranquila con todo lo que yo haga, y no tenga que estar preguntándome constantemente.

—Bueno. Veo que la relación con tu madre es buena. ¿Qué me puedes decir de tu padre?

La muchacha pareció recogerse sobre sí misma. Estaba recostada sobre la cama y se rodeó las piernas con los brazos, como si hubiese sentido frío. Me pareció notar que su rostro se descomponía por un instante, mostrando una mueca, y anoté todo esto en el bloc, intentando mostrar naturalidad para que no se sintiese incómoda.

—Mi padre es... Bueno, no tengo tanta relación con él como con mi madre.

Sus pupilas estaban dilatadas y resaltaban por encima de todo su rostro cadavérico, pues no había otra forma de describirlo. ¿Sabía ella que su madre me había contado lo de las historias que inventaba? ¿O pensaba que simplemente estaba allí por sus trastornos alimentarios? Ella parecía preguntarse lo mismo acerca de mí, queriendo averiguar hasta qué punto conocía yo todo aquel halo de incoherencias que la rodeaban.

—Pero te llevas bien con él... Me refiero a si tenéis una buena unión padre—hija.

—Mi padre es un hombre algo peculiar; si lo ha visto al entrar, se habrá dado cuenta de ello.

—¿A qué te refieres?

Eva respondía a cada una de mis preguntas con una quietud y tranquilidad abrumadoras. No encontraba incoherencias en lo que me contaba, y todo cuanto me decía parecía bastante sincero. Me pregunté a mí mismo si el hecho de que se encogiera cuando le pregunté por su padre no era una simple coincidencia, o un gesto exagerado por mi predisposición a verlo todo desde ese prisma.

—Supongo que siempre ha prestado más atención a los negocios que a su familia. Aunque, por otra parte, gracias a eso podemos decir que somos una de las familias más ricas de los alrededores.

Conversamos largo y tendido y, a medida que hablaba con ella, me di cuenta de lo inteligente que era la muchacha. En algunos instantes incluso estaba a punto de olvidarme de su estado físico, y parecía que pudiera verla como en la fotografía de su habitación, con esos cabellos bien peinados y esa sonrisa espontánea. Después, dejaba de hablar y yo salía de mi ensoñación, precipitándome dolorosamente sobre la realidad, y dándome cuenta de que Eva ya no era aquella chica de la foto.

—Me cae bien doctor Maurer —me confesó la chica en un momento dado de la conversación—. Creo que usted y yo nos entendemos a la perfección.

Cuán embelesadoras resultaban sus palabras, y cuánto me costaba a mí discernir entre si eran verdaderas o sólo un truco para ganarse mi confianza. Mi atención estaba totalmente centrada en ella, su forma de hablar, su forma acuciante e inteligente de resolver cada enigma que yo le planteara.

Casi sin darme cuenta había pasado el tiempo acordado con el taxi, y un claxon resonó a través de la pequeña ventanilla de la buhardilla. Me despedí de ella, y le dije que la visitaría al día siguiente, a la misma hora. Ella me dirigió una sonrisa, pero no dijo nada. Apagué la grabadora y recogí mis apuntes, y lo metí todo en mi cartera de piel. Fue entonces cuando me susurró algo que me quitaría el sueño aquella noche.

—Mañana le contaré lo que ha venido a escuchar, doctor.

Diario del Dr. Maurer. 21 de noviembre de 1997

Al día siguiente volví a la casa. Apenas había dormido y no podía dejar de pensar en Eva Morain y en su magnética aura. Tenía algo especial, sin duda.

El taxi me llevó por el mismo sendero que el día anterior, pero esta vez no me pareció tan tétrico, ya que había decidido ir un poco antes de la hora acordada. Quería exprimir al máximo cada minuto.

El conductor parecía haberse dado cuenta de que no me interesaban en absoluto sus comentarios banales, por lo que en algún momento del trayecto decidió callarse, para mi grata satisfacción. De esta forma llegué a la casa, que a la luz del día resultaba preciosa.

Apenas intercambié unas palabras con la madre de la chica, y en cuanto a su padre, pasé rápidamente junto a la puerta humeante en la que estaba fumando como el día anterior. Giré la vista un instante y pude verlo en un sillón de piel, serio, observándome. No pronunció palabra.

Cuando llegamos a la puerta de la habitación de Eva, le pregunté a su madre por qué la encerraban con llave, pero no me respondió, simplemente desapareció escaleras abajo sin cerrar la puerta. Qué familia más extraña. Cada vez pensaba más y más que la única normal era la joven muchacha.

¿Qué era aquello que iba a contarme? ¿A qué se refería cuando me aseguró que hoy me revelaría lo que había venido a escuchar? Aquellas preguntas me atormentaban, y no por no saber la respuesta, sino más bien por no querer saberla. El hecho de que su padre hubiese abusado de ella realmente no dejaba de presentarse en mi cabeza como una posibilidad cada vez más real y aterradora, tanto que deseé con todas mis fuerzas que realmente la chica estuviese inventándolo todo.

Subí de nuevo por aquella trampilla que llevaba a la buhardilla. No prestaba atención al ambiente húmedo y mohoso, ni al aroma agobiante a carcinoma, sólo quería hablar con ella cuanto antes. Ni siquiera me detuve a observar la foto de la pared.

Ella estaba recostada en la cama, y llevaba un pijama de manga larga que ocultaba sus piernas y sus brazos enclenques. Sin embargo, aun así mirarla resultaba desolador, parecía que fuese a exhalar el último halo de vida en cualquier momento.

Encendí la grabadora, y saqué el bloc de notas y varios bolígrafos, entusiasmado. No podía evitar pensar que aquel caso era lo que había estado esperando desde hacía mucho tiempo, y este pensamiento me pareció tan egoísta por mi parte que me avergoncé de mí mismo. Lo primero era ayudar a la joven.

La miré, y no vi a la entusiasta muchacha del día anterior, sino un cuerpo endeble, golpeado por los males de un desequilibrio psicológico espantoso. Daba verdadera lástima y, cuando mis ojos se cruzaron con los suyos, pude ver como una lágrima se le escurría por la mejilla.

—Eva... —Mis palabras surgieron de mi garganta como un suspiro apagado—. ¿Qué te ocurre?

La muchacha hacía un notable esfuerzo por no llorar, pero había sobrepasado esa delgada línea, y su interior se derrumbaba rasgado por el dolor. Lloraba más y más, procurando hacer el menor ruido posible.

Me acerqué a ella. Me senté a su lado, en la cama, y tendí mi mano hacia su rostro para apartarle los cabellos empapados de lágrimas.

—¡No! —gritó ella alejándose de mi mano—. No...

Yo no sabía muy bien cómo reaccionar. Allí estaba, a su lado, quieto, todavía con una mano en alto, y mirándola fijamente, observando cuán frágil era ahora, tanto por dentro como por fuera.

—Tranquila Eva. Soy yo, el doctor Maurer, estoy aquí para ayudarte —dije lo más suavemente que pude.

La chica se encogió sobre sí misma y, sin saber muy bien cómo, la abracé, y esta vez no me rechazó. El contacto de su cuerpo huesudo con mi cuerpo me produjo una extraña excitación, como si estuviese haciendo algo que no estaba bien. Pero permanecí en silencio, susurrándole al oído e intentando que se calmase.

Noté su pequeño corazón latiendo junto al mío, y sentí un afecto paternal hacia ella que nunca antes había experimentado. Cuando su pulso fue de nuevo pausado y sus lágrimas cesaron, le sujeté el rostro con ambas manos y la separé de mí lentamente, secándole las lágrimas. Ella me miraba como una niña desesperada y perdida, y a través de sus ojos pude ver reflejado cuánto dolor había en su interior.

De repente, me sentí algo incómodo, simplemente porque no sabía cómo actuar, ni siquiera sabía cómo me había dejado llevar de aquella forma. Era la primera vez en la vida que me pasaba algo así.

—Estoy aquí para ayudarte —repetí—. Si quieres, puedes contarme qué te ha pasado, aunque si decides no hacerlo, lo entenderé igualmente.

Me levanté de la cama, y volví lentamente hacia la pequeña silla del escritorio mientras esperaba su respuesta.

—No, quiero que usted lo sepa doctor. Creo que es un buen hombre.

Me dio un vuelco el corazón. Su mirada estaba fija en un punto de la pared, un lugar en el que no había nada.

—Anoche lo volvió a hacer...

Ahora parecía imperturbable, inmóvil. Parecía haber llegado a un punto en el que el dolor era tal que la había colapsado, transformándose en una quietud aterradora, casi autista.

—No recuerdo cuánto tiempo hace desde la primera vez —continuó—. Fue poco después de empezar a tener problemas con la comida.

Yo estaba profundamente inmerso en su relato, tanto que olvidé tomar cualquier tipo de notas, aunque comprobé que la grabadora estaba funcionando.

—Nunca he tenido demasiada relación con mi padre. Fue a raíz de que dejara de comer cuando pareció comenzar a preocuparse por mí. Estoy segura de que si le pregunta no sabrá siquiera si estoy en la universidad o en el instituto.

Hablaba como hipnotizada, con una serenidad asombrosa.

—Entonces empezaron los castigos. No saldrás de tu cuarto hasta que no comas..., y cosas por el estilo.

Paró para coger aire.

—Muchas veces me escapaba sin probar bocado, y entonces decidieron encerrarme con llave. Ahí empezó todo. Comencé a observar como los vecinos señalaban hacia mi ventana, murmurando cosas. Supuse que mi madre se lo habría contado a alguien, y este alguien al resto. Siempre sucede así. ¿Sabe lo qué es eso, doctor? ¿Sabe qué se siente al ser señalado por extraños?

Permanecí en silencio.

—Un día no pude soportarlo más, y decidí subir a la buhardilla. Creo que ya no he vuelto a bajar desde ese momento.

—Yo pensé que tus padres...

—¿Ellos? No. Estaban demasiado ocupados hablando de mis trastornos aquí y allá, aunque el hecho de que decidiese recluirme aquí arriba por mí misma creo que les vino de perlas. ¿Se lo puede imaginar? Qué escándalo, Eva Morain, la niña bien, era anoréxica. ¿Qué dirían en el club de golf? Es más, usted mismo viene a visitarme de noche para que nadie lo vea.

Me alarmé por un instante.

—¿Acaso me equivoco, doctor?

—No..., es verdad —reconocí con dificultad.

—Sin embargo, son ellos mismos los que difundieron la noticia. Supongo que pensaron que era mejor extender su versión antes de que alguien pudiese manchar el nombre de la familia.

La dureza de sus palabras me impresionaba. ¡Eran sus padres! ¿Cómo habían podido hacerle aquello?

—Creo que llegaron a inventarse que me habían internado en un centro de rehabilitación, aunque no estoy segura. Pero el hecho de que me encerrasen con llave las veinticuatro horas del día no resultaba alentador. —Ahora la joven me miraba directamente—. Un día, mi padre subió montado en cólera. Tenía los ojos inyectados en sangre y repetía una y otra vez que cómo había podido hacerle aquello, gritando como un condenado. Intentó obligarme a comer, e

incluso me restregó la comida por la cara. Yo sentía auténtico pavor, pero aun así saqué fuerzas para escupirle.

—¿Qué pasó entonces...? —Mi pregunta resonó estúpida en mis oídos.

—Enseguida me di cuenta de mi error. Cuando vio su corbata manchada, me golpeó con la palma abierta de su mano derecha, lanzándome contra la pared. Yo lloraba y lloraba, mientras, él parecía estar fuera de sí. Nunca antes le había visto en aquel estado. Después, cogió esa silla en la que usted está sentado y la lanzó contra la pared con todas sus fuerzas.

Yo miré instintivamente debajo de mí, intentando reconstruir la escena. Después observé el punto en la pared que Eva miraba fijamente, y me di cuenta de que precisamente había unas marcas, como si hubiese sido golpeado con un objeto contundente.

—¿Se lo contaste a tu madre?

—Sí. Ella trató de convencerme de que él estaba fuera de sí, de que estaba sufriendo mucho con toda esta situación. De hecho, lo logró.

—Y tu padre... ¿volvió a subir?

La chica asintió con la cabeza, y sus labios se tornaron en un gesto solemne, severo.

—Una noche, a altas horas de la madrugada, me despertó el sonido de la cerradura de mi cuarto. Escuché como se abría lentamente la trampilla que daba hasta aquí y, por el sonido de los peldaños metálicos, supe enseguida que era él. Si había existido algún tipo de relación cariñosa entre nosotros había muerto por completo hacía tiempo. Y noté que se quedaba de pie, observándome. No sé cuánto tiempo estuvo allí, pero recuerdo que tuve mucho miedo, miedo a que me hiciese algo —prosiguió—. Tenía los ojos cerrados, pero podía sentir su silueta a mi espalda, amenazando con caer sobre mí, y empecé a sufrir un calor agobiante, pero permanecí inerte, queriendo que se fuese. Fue la espera más horrorosa que jamás he soportado. Todo permanecía en silencio, pero yo sabía que estaba ahí, detrás de mí, más o menos donde usted está ahora. —Señaló con la mano cerca de mí.

Las palabras de la joven emergían con naturalidad. Aunque ella parecía estar abstraída de cuanto la rodeaba, oculta en algún lugar en donde aquellos vocablos que ella misma pronunciaba no pudiesen perturbarla.

—Después, me pareció que susurraba algo, no sé exactamente el qué, pero esas palabras se incrustaron en mi cabeza. Representaban algo siniestro y macabro, el miedo irracional que da lo desconocido, lo que uno nunca llega a entender.

La estancia estaba en silencio. Lo único que se escuchaba era el traqueteo característico de la grabadora. Sentí frío. El relato de la muchacha y su forma de expresarlo estaban logrando perturbarme. Y aquellos términos, “siniestro” y “macabro”, emergidos de sus labios resultaban espantosos.

—En algún momento, desapareció escaleras abajo, haciendo el menor ruido posible. Sólo cuando escuché de nuevo la llave en la cerradura, pude respirar tranquila.

—¿Se fue sin más?

—Eso creía yo, pero otra posibilidad se me pasó por la cabeza, una turbadora y terrible posibilidad. ¿Y si todavía estaba dentro? ¿Y si nos había encerrado a los dos en esta asfixiante habitación?

El olor a madera podrida parecía llegarme con más claridad ahora. La historia de la muchacha me transmitía un sentimiento de claustrofobia insoportable. Quise salir de aquel lugar y respirar aire puro. ¿Pero cómo podría hacer eso? No, no podía, debía escucharlo todo, hasta el final.

—Yo me quedé paralizada, no me atrevía a mover un solo dedo. No podía escuchar nada a mi alrededor, ni percibir la más ligera perturbación. Sin embargo escuché los árboles, sus ramas tintineando contra las ventanas sucias, como queriendo anunciar algo.

Sentí el sudor en mi frente. Mis manos también estaban empujadas. Percibía cada nota de sufrimiento que Eva me transmitía. Podía vivirlo a través de sus enunciados, precisos e hirientes cual dardo punzante.

—Un ligero crujido sonó tras de mí. Se me erizó todo el vello del cuerpo mientras imploraba en silencio a Dios que aquello fuese solo una pesadilla. Entonces sentí una bocanada de aire caliente en la nuca, una exhalación húmeda y risueña que me recorrió por completo hasta los pies provocándome un pavor absoluto.

El corazón me latía con fuerza. Quería evitar lo inevitable. Quería que la muchacha cesase su horrible relato, aquel terrible cuento sin moraleja. Sin embargo no hice nada para callarla, estaba paralizado, y una parte de mí necesitaba saberlo todo, cada perverso detalle.

—Comenzó a tararear una canción, una que me cantaba de pequeña para que me durmiese. La respiración se me desbocaba por momentos, el corazón me iba a salir por la boca. Las notas de aquella música resultaban un chiste de mal gusto en mis oídos. —Ahora hablaba más rápidamente—. Entonces me tocó, sentí sus dedos... deslizándose por encima de mi brazo... ¡Por Dios! ¡Era mi padre! ¿Qué se suponía que tenía que hacer? ¿Girarme y decirle que se detuviera? ¡Era mi padre! ¡Mi padre!

—Eva...

—Grité, grité y me revolví en la cama desesperadamente. Pero mis gritos se vieron ahogados rápidamente por su mano derecha, que me cubría por completo la boca. —Las lágrimas caían por el rostro de la joven, empapándole los labios—. Y él me decía: “Shhhh, no pasa nada, no pasa nada...”. ¡No pasa nada!

Pronunció con tal fuerza estas palabras que las gotas que recorrían su rostro salieron disparadas hacia mí y me mojaron la cara, pero apenas parpadeé, no podía creer lo que estaba escuchando.

—Me siguió tocando. Sus dedos bajaron de mi brazo a mis caderas mientras mis lágrimas empapaban su mano derecha. Yo estaba débil, casi tanto como lo estoy ahora. No podía hacer nada, nada... Y sus asquerosas manos... ¡Sus asquerosas manos! —golpeó la pared con sus brazos enfermizos.

—Eva, basta por favor... No hace falta que continúes...

—¡Asco! Esa es la palabra. En esos momentos no sabes si es el miedo o el asco el sentimiento que te invade por completo y, si

son ambos, no sabrías decir cuál es más fuerte, más intenso. Simplemente es la sensación más repulsiva que he sentido nunca...

—Detente, no sigamos con esto.

—¡Asco! ¡Asco! —gritaba fuera de sí—. ¡Miedo y asco!

Detuve la grabadora. No podía soportar más aquello. Eva comenzó a golpearse a sí misma, sin parar de gritar una y otra vez las mismas palabras. Cuando me acerqué a ella para detenerla, sus lágrimas me empaparon de nuevo el rostro. Ahora parecía que yo también lloraba, y en realidad creo que estuve a punto de hacerlo.

Y allí quedé, igual que había comenzado, guareciéndola entre mis brazos y sintiendo su cuerpo hético contra mi pecho mientras la lluvia que emanaba de sus ojos empapaba mi camisa.

¿Quieres saber qué ocurre a continuación?

***“El síndrome de Korsakoff”* se vende en toda España:**

- **Pídelo en tu librería habitual**
El síndrome de Korsakoff
A. Fausto
Ediciones Atlantis
ISBN: 978-84-92952-51-9
- **Compra on-line en [la web de Ediciones Atlantis](#)**

Sigue el síndrome en:

- **La web oficial del autor**
<http://www.elanaquelperdido.com>
- [Facebook](#)
- [Twitter](#)